

## María Sedení Bonasorte - Arturo Bonasorte

No hay un solo testimonio de los compañeros de la época que no resalte, ante la más mínima mención de su nombre, lo hermosa que era María Sedení Bonasorte, la estudiante de arquitectura que desapareció en Buenos Aires el 6 de diciembre de 1977, exactamente el mismo día en que un grupo de policías se llevó a su hermano Arturo, obrero y estudiante de abogacía, de la casa que compartía con su esposa María José Pezzani y Lucía, la hija de ambos, de tan solo 3 meses de vida, también en capital federal.

María Sedení primero y Arturo después, se habían ido a estudiar a La Plata, dejando en Tres Arroyos una familia compuesta por su madre –Sedení Gutiérrez-, y Laura, la hermana menor.

En 1970, Oscar, su padre, había perdido la vida en un accidente de tránsito, coincidiendo la desgracia con el inicio de la vida universitaria de su hija mayor y la conclusión del secundario por parte del descendiente varón.

El deceso de Oscar en un accidente automovilístico ocurrido a la altura de Azul, antes de que existiera la rotonda de las rutas 226 y 3, marcó en 1970 la primera tragedia. Siete años más tarde, la desaparición de María Sedení y Arturo darían continuidad a la desgraciada zaga de sucesos que envolvió a la familia Bonasorte.

### II

La primera en abandonar la residencia familiar de Quintana y Gomila con propósitos de estudio universitario fue María Sedení, la mayor de los hijos del matrimonio Bonasorte, quién en 1970 se instaló en La Plata con la firme convicción de recibirse de arquitecta.

Rubia, flaca, de alrededor de 1,65 metros de altura, se cuenta que –tal como había sucedido siempre en su ciudad de origen-, Sedení impactó a sus compañeros de arquitectura con su belleza, quienes inmediatamente advirtieron que detrás de esa hermosa fachada existía además “una mina piolísima, de carácter fuerte y convicciones firmes”.

Inteligente, desde el vamos le fue bien en los estudios, a los que dedicaba la mayor parte del tiempo, mientras vivía en el segundo piso de un edificio de departamentos ubicado en calle 64 entre 6 y 7.

El espacio que el estudio dejaba disponible lo comenzó a dedicar, ya en los últimos meses de 1970, a militar en un grupo político llamado Grupo Revolucionario de Base, siendo la única integrante tresarroyense de la fuerza.

Extrañó su rápida participación, ya que nunca antes, durante el tiempo que efectuó el secundario, había expresado una idea política y mucho menos participado en actividades afines.

Pero prontamente se convenció que el sitio elegido para desarrollar la vocación militante no era el adecuado, el que más satisfacía sus inquietudes, cosa que si encontró –a partir de 1971-, en el Partido Comunista Marxista Leninista (PCML), donde militaban varios convecinos, los primeros de los cuales fueron “Vibel” Cazalás y Carlos Giglio.

### III

Arturo Bonasorte llegó a La Plata en 1972, habiéndose inscripto en la carrera de abogacía. En la capital provincial desembarcó con un grupo de amigos, todos egresados del Colegio Nacional, quienes alquilaron en conjunto un inmueble.

En el departamento B, del edificio ubicado en la avenida 1 N° 1518, entre 63 y 64, se acomodaron Arturo y sus amigos Horacio Aiello –con quien tenía un trato más íntimo-, “Nacho” Uribe y “Tato” Giancaterino.

Dos de los cuatro habitantes del departamento –Uribe y Aiello-, eran de extracción radical. Arturo, por su parte, aunque participaba de los debates y discusiones que se originaban en torno de los temas políticos, no expresó en esos primeros días una posición definida en torno del tema.

Recién años más tarde, concretamente con el fervor político que generó la elección de 1973, comenzaría a perfilarse con un pensamiento más izquierdista, pero sin ejercer todavía una militancia efectiva.

#### IV

Laura, la menor de los Bonasorte, definió a sus hermanos como personas de carácter muy diferente. María Sedení y Arturo le llevaban unos cuantos años de ventaja, tanto como que cuando desaparecieron en 1977 tenía apenas 14 años de edad.

No obstante, los recuerda vívidamente: “Sedení era una mina muy polenta, quería cambiar todo, usar las minifaldas cortas. Recuerdo eso por la bronca de mi viejo cuando usaba minishorts. Arturo, en cambio, era un típico chico de Tres Arroyos, que supongo debería tener muchísimas contradicciones entre lo que pretendía para el mundo y aquello que le gustaba disfrutar, como un auto o andar a caballo, siendo más ‘concheto’ en ese sentido”.

La única descendiente de la familia ubica a sus hermanos “yéndose a estudiar en una época marcada por la idea de querer cambiar el mundo. Y no se cómo, creo que ni ellos se dieron cuenta, pero todo fue derivando hasta terminar de la manera en que terminó”.

#### V

La primera mala experiencia de Arturo Bonasorte en La Plata la vivió en noviembre de 1972, exactamente el mismo día en que Juan Domingo Perón vino a la Argentina, anticipando el que sería su regreso definitivo.

Durante esa jornada La Plata estuvo marcada por un particular “olor a quilombo”, según refieren estudiantes de entonces.

En círculos justicialistas se había despertado una natural expectativa, marcada por el término de la dictadura, que no obstante se reservó para aquel día varios incidentes, uno de los cuales tuvo lugar en el comedor universitario, donde la policía ingresó tirando balas de goma contra los futuros profesionales.

Aquel particular día de noviembre, Arturo Bonasorte, sin comerla ni beberla, sufrió su primer arresto.

Iba caminando con un compañero estudiante de derecho por la avenida 7, entre las calles 46 y 47, en dirección hacia Plaza Italia, justo frente a la casa matriz del Banco de la Provincia de Buenos Aires, cuando los detuvo la policía, trasladándolos hasta la comisaría 1°.

Las fuerzas de seguridad les adjudicaron –nada más alejado de la verdad, ya que sólo el destino los ubicó ese día y a esa hora en el lugar-, haber arrojado una bomba en la puerta de la entidad bancaria.

De la comisaría 1° ambos fueron trasladados a Coordinación Federal, una dependencia que existía en Buenos Aires.

Sin hacer caso a los testimonios en su favor que presentaron personas conocidas, Arturo pasó varios días encerrado. Su compañero de caminata salió antes porque

se benefició del hecho de contar con un papá militar, quien aseguró haber hecho gestiones también por el tresarroyense, pero con resultado negativo. Lo cierto es que aquella confusión le marcó un precedente que, aún dada su falsedad, nadie sabe si alguna vez se borró de su carpeta.

## VI

María Sedení comprobó en La Plata que había dado en el clavo con su vocación, pues llevaba realmente al día y con gusto sus estudios de arquitectura. Arturo, por su parte, no terminaba de convencerse del destino escogido, aunque igualmente avanzaba con la carrera al ritmo establecido por la currícula.

Este último era inteligente, de buena cultura general, la que había conseguido –entre otras cosas-, gracias al tiempo que dedicaba a la lectura, como así también asistiendo a las salas de cine, pues era un apasionado del espectáculo que provee el celuloide.

Para 1972 Sedení ya estaba en el PCML, en tanto que el ingreso de Arturo podría ubicarse, estimativamente, en 1974. El partido era chico y, entre el reducido grupo de integrantes –como se dijo-, había varios tresarroyenses.

La agrupación, además de su expresión política individual, se unía a otros partidos con los que compartía principios generales, en lo que se llamó Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS).

En ese ámbito los hermanos Bonasorte encontraron un cauce para canalizar sus expresiones y acciones políticas, que básicamente tenían que ver con tareas solidarias y de adoctrinamiento de las ideas que expresaba su propia fuerza.

## VII

Así se desarrollaron los días hasta que, en 1975, la represión virulenta contra un acto universitario llevó a algunos componentes del PCML a debatir la conveniencia o no de seguir en ese momento y en esas circunstancias con una militancia que, se veía, se estaba transformando en peligrosa.

Antes que la mismísima dictadura, ya habían visto de cerca la desaparición de algunos amigos –de estudios y edificio-, que habían sucumbido a las garras de la temible Triple “A”, regentada por la negra figura de López Rega.

En ese ámbito, un grupo de integrantes del partido abonó la idea de replegarse por un tiempo, hasta encontrar mejores condiciones de militancia para consumir los propósitos del PCML y, hasta tanto, transformarse en los seres más anónimos posibles, una suerte de semiclandestinidad, que bien podría encontrarse en una gran urbe, siendo la ideal Buenos Aires.

Así lo hicieron. Pero no todos compartieron la decisión, por lo que un número importante de personas se quedó en La Plata, aún a riesgo de lo que ya habían advertido podía pasarles. Entre ellos se encontraban los hermanos Bonasorte.

Sedení no adhirió inmediatamente, al igual que Arturo, a la idea de dispersarse y clandestinizarse, aunque al poco tiempo se dieron cuenta, no sólo ellos, sino todo el grupo que permanecía en la capital provincial, que no había otra alternativa que la de emigrar.

Se fueron a Buenos Aires, pero no lo hicieron individualmente, sino casi “en patota”, sin cortar ningún contacto o nexo de unión entre ellos, por lo que siguieron trabajando en conjunto en pos de los objetivos que perseguían.

Los que tomaron la decisión de “anonimarse” y cortaron todo vínculo con el grupo, los sobrevivientes del PCML hoy en día, creen que aquella decisión les salvó la vida, del mismo modo que no adherir a ella condujo a los restantes a la desaparición.

## VIII

Para ésta época Arturo Bonasorte se había integrado al equipo de los casados, ya que muy joven transformó en matrimonio el amor que encontró en María José Pezzani, una joven descendiente de una típica familia platense que le ganó el corazón.

La había conocido en la militancia política y tenían, como dice María José, "muchas ganas de estar juntos", por lo que decidieron casarse, yéndose a vivir a Buenos Aires.

Fruto de aquella unión nació Lucía, quien era tan sólo una beba cuando se realizó el operativo que terminó con la detención de Arturo en la casa que la joven pareja habitaba casi en el límite de los barrios de Flores y Caballito.

El 6 de diciembre de 1977, en diferentes ámbitos, se registraron los operativos que terminaron con la detención de María Sedení y Arturo Bonasorte. Y no sólo ellos, en pocos días, la seguidilla de tareas del ejército desmanteló prácticamente todo el PCML, que de tal manera vio reducidas a la nada sus pequeñas fuerzas.

Sedení Bonasorte, que al emigrar a Buenos Aires se había visto obligada a abandonar los estudios, tenía 25 años y trabajaba de empleada cuando la detuvieron en el domicilio de una amiga, ubicado en la calle Acevedo, haciendo esquina con la avenida Córdoba.

La misma noche, la casa que ocupaban Arturo, su esposa María José y la pequeña Lucía, se vio copada por efectivos militares, que ingresaron al domicilio por los techos y la puerta principal.

Entraron armados hasta los dientes, en tropel, amedrentando a la familia que no atinó a nada, solo a buscar refugio el uno en el otro, mientras los uniformados daban vuelta la vivienda, casi destruyéndola.

La bonita casa que Arturo Bonasorte había elegido para vivir y cuya manutención costaba trabajando de obrero fabril, se transformó literalmente en tierra arrasada.

Recuerda con dolor María José que la mayor preocupación no la tenían por ellos mismos, sino por Lucía. ¿Qué iba a pasarle?, se preguntaban, en medio de la angustia que generaba saber que ya habían desaparecido compañeros.

Pese a la situación, el joven tresarroyense se mantuvo tranquilo, casi inmóvil, pero en una clara actitud de defensa de su familia. En ese contexto tomó a la nena en brazos, le dio un beso, pero se la sacaron restituyéndosela a la madre. Fue un operativo "liviano", ya que sólo se lo llevaron a él.

María José y Lucía quedaron solas en esa casa semidestruida. En medio se produjo una escena que la esposa de Bonasorte llevará consigo para siempre en la memoria: fue el momento en que se llevaban a Arturo, la mirada que le dirigió a Lucía. En esos ojos, en ese rostro, advirtió su señora que él sabía lo que le esperaba, sabía que era la última vez que iba a ver a su hija, sabía que más allá no hay nada.

## IX

Cómo es que comenzó la redada que acabó con la desaparición de la mayoría de los componentes del PCML nadie lo sabe. Pero todos lo intuyen. Un infiltrado de los servicios de inteligencia del ejército habría sido quién delató al grupo y marcó a sus componentes, conduciéndolos a la detención hilada, seguida, de los miembros del partido.

El teórico delator no tiene nombre, pero sí un alias por el que todos lo conocían cuando creyeron que, realmente por convicción, se había integrado a la fuerza. Hablan de él como "El Ratón", del que aún hoy en día, aunque lo piensan en voz alta, se niegan a creer que haya sido un infiltrado, inclinándose por una teoría más suave: los vendió al quebrarse en un interrogatorio.

Lo cierto es que el roedor que socavó la estructura de un partido y la vida de sus integrantes se habría ido con posterioridad a Europa, desconociéndose más datos sobre su paradero.

No es entonces casual que, en poco tiempo, se haya producido la detención, secuestro y desaparición de varios militantes del PCML, muchos de los cuales son parte integrante de la lista de desaparecidos tresarroyenses.

## X

Dos vecinos, una pareja joven, se llegó en auxilio de María José y Lucía, una vez que quienes condujeron el operativo se retiraron de la casa de los Bonasorte, llevándose a Arturo.

La ayudaron a cargar unas pocas cosas, tras lo cual madre e hija se dirigieron a la Plata, procurando un refugio en la casa de sus padres.

Ese fue el primer lugar en que recalaron, pasando luego unos días en Mar del Plata, hasta que lograron irse del país, instalándose en Uruguay.

"Mi padre me quería enviar a España, pero me hubiese muerto de tristeza. Tenía una nena de tres meses y una familia diezmada, así que la opción fue Uruguay", relató.

Al limítrofe territorio no les resultó fácil entrar, ya que la beba era menor y, por entonces, la patria potestad la tenía el padre. Pero el padre estaba desaparecido, por lo que no había posibilidad alguna de que firmase la autorización de Lucía para salir del país. Igualmente, pese a ese riesgo, decidieron intentar el paso terrestre.

El papá de María José le pidió a su cuñado que los acompañe, por lo que iniciaron la difícil travesía en dos autos, con muchos chicos dentro de ellos, procurando disuadir la atención de los gendarmes.

En el primer puente, en la localidad entrerriana de Colón, encontraron ya un obstáculo. Los uniformados detectaron la presencia de Lucía, de quién requirieron los papeles –que por supuesto no tenían-, y aunque alegaron que se estaban yendo de vacaciones, por lo que no necesitaban esa documentación, les fue impedido el paso.

No desistieron. En el segundo puente de unión entre Argentina y Uruguay, sentaron a Lucía en un baby seat, prácticamente escondiéndola, con lo que lograron burlar la seguridad del puesto fronterizo y, entonces sí, ingresar en territorio uruguayo. María José reconoce y agradece a su padre y tío por afrontar el riesgo que corrieron.

Desde luego, llegar a Uruguay no fue más que un cambio de terreno, porque de modo alguno concluyó con los pesares de la esposa del desaparecido Bonasorte.

"Me aferraba mucho a la idea de que lo iban a largar. Cada día esperaba el llamado de alguien diciéndome que lo habían soltado. El tiempo fue pasando y lo peor sobrevino cuando, aproximadamente al año y medio o dos años, me di cuenta que Arturo no iba a volver, idea que –hasta ahí-, había rechazado por completo".

El brusco choque con la realidad, el darse cuenta de cómo eran las cosas a pesar de su esperanza, sumió a María José en una profunda depresión. Prácticamente no comía y la única actividad que desarrollaba era alimentar a Lucía que, supone,

intuía lo que estaba pasando, porque afrontó ese tiempo de dolor como una reina: tranquila, no molestaba, sólo sonreía, como recordándole a su mamá que, pese al indescriptible dolor que podía estar sintiendo, había un motivo para vivir.

“Me estaba dejando estar, no quería comer. Así fue hasta que una amiga me vio en ese estado y me llevó a una terapeuta, frente a la cual todo lo que hacía era llorar, situación que se repitió durante meses”.

Pese a las lágrimas derramadas como único método de tratamiento, la solidaridad uruguaya le brindó algunas fuerzas como para ir reponiéndose y, poco a poco, empezar a salir adelante. Para eso Lucía tenía ya dos años.

Cuando empezó a salir de la depresión buscó trabajo, ya que hasta ahí su padre le había ayudado en la manutención económica. En el tiempo siguiente se emplearía en una escuela, daría clases de danza, de expresión corporal y hasta fabricaría ropa, mientras internamente tenía lugar todo un proceso de asimilación, aprendizaje y superación de lo sucedido, que desembocó en un momento en que se sintió segura para volver a la Argentina.

En tanto, todas las gestiones efectuadas por María Sedení y Arturo no habían prosperado. En el país, las familias Pezzani y Bonasorte buscaron por cielo y tierra, presentaron infinidad de habeas corpus, pero jamás lograron saber qué paso con ellos.

## XI

Lucia, la hija de Arturo, es hoy una veinteañera que estudia medicina, está de novia y, a pesar de su dolorosa historia, tiene “pilas” para darle para adelante, que es para su madre lo más importante.

María José, para quién cargar con esta historia ha sido muy difícil, explica que “juntarse con otros en igual condición, de solidarizarse, de poder hablar de lo que nos pasa, ha hecho que haya podido superar cosas, aunque otras estarán ahí para siempre”.

Hoy, su principal bronca pasa por la desaparición de los cuerpos que hicieron los militares de la gran mayoría de los desaparecidos de la dictadura.

“Lo más monstruoso que hicieron los militares es la forma en que nos sacaron a los seres queridos de al lado, lo terriblemente cínicos de no poder tener sus cuerpos, no tener un lugar donde enterrarlos, poder llevarles flores. Además, el miedo se instaló entre nosotros. A pesar de que hemos reconstruido parte de la historia, a pesar de eso, creo que el miedo aún subyace. Pero lo más terrible es la forma maquiavélica en que hicieron desaparecer los cuerpos, eso es lo peor. Afortunadamente están los familiares y las organizaciones de derechos humanos que, de a poquito, están reconstruyendo el tejido social que la dictadura se encargó de romper”.

## XII

Se desconoce qué pasó con Sedení y Arturo. Lo único que recibió la mamá de los Bonasorte fue un llamado telefónico anónimo, a principios o mediados de 1978, en el que alguien que se estaba yendo del país le informó que había estado detenido con su hijo varón “en un lugar donde había campo, mucho campo”, para luego pedir disculpas y cortar.

Las fichas de los legajos en las organizaciones de los derechos humanos han avanzado un poco más.

Los ubican a ambos como vistos prisioneros en los centros clandestinos de detención conocidos como "El Banco" y "Club Atlético", aunque no mucho más que eso.

Es todo lo que se pudo avanzar en la reconstrucción de los días de los Bonasorte desde aquel nefasto 6 de diciembre de 1977, en que alguien se sintió investido de la autoridad para "desaparecerlos".